

LAS ASOCIACIONES DE AMISTAD INTERNACIONAL DURANTE EL FRANQUISMO

Por JUAN BENEYTO PEREZ

SUMARIO

1. LA ASOCIACIÓN HISPANO-ITALIANA «CARDENAL ALBORNOZ».—2. LA ASOCIACIÓN HISPANO-GERMANA.—3. EL CENTRO EUROPEO DE DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN (CEDI).—4. EL COMITÉ INTERNACIONAL PARA LA DEFENSA DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA.

1. LA ASOCIACION HISPANO-ITALIANA «CARDENAL ALBORNOZ»

Como la mejor manera de distraerse —y aun de divertirse, en el sentido etimológico— es cambiar de ocupación, yo, que he trabajado todos los días de mi vida, y en casi todas las horas de cada día, cuando vacaba del quehacer burocrático o de la actividad docente me consolaba de no tener tiempo perdido dedicando éste a una tarea social o cultural, ligado o no a instituciones y mecanismos intermediadores. Bajo la II República sonaron las sociedades de amistad (los Amigos de la Unión Soviética, por ejemplo) y seguían resonando como presentes ciertas entidades de expansión cultural ligadas a otros países, como la Alianza francesa o la Sociedad italiana «Dante Alighieri». Con la guerra civil, a un lado y al otro de las líneas de fuego alzaron sus voces empresas semejantes. Yo viví —incluso como protagonista— alguno de los esfuerzos de la España nacional por influir —o por dejar de ser influida— culturalmente.

Ya en Burgos, en 1938, la agudeza política de Ramón Serrañor Suñer se dio clara cuenta de la utilidad que podían prestarnos tales mecanismos. Por

lo pronto, sugirió la organización de una entidad ítalo-hispánica... Poco después será promotor de otra hispano-germana. Empecemos por la primera.

Andábamos por la capital del Arlanzón, cerca de los Servicios centrales de Prensa y Propaganda, recién unificados éstos en una Subsecretaría dentro del Ministerio del Interior, José Antonio Giménez Arnáu, que fue el primer director del Servicio de Prensa; Luis Moure-Mariño, que trabajaba con Tovar en la Radiodifusión, y yo, antiguos colegiales de Bolonia. Pensó Serrano que podíamos reunirnos cuantos teníamos relación con Italia por haber estudiado allá —y entre ellos él mismo, que frecuentó el Colegio.

Nos propuso fundar una Asociación con el nombre del Cardenal Albornoz, agrupando en ella a cuantos estudiaron en Italia, y principalmente con nosotros a los sacerdotes becarios del Colegio de San José en Roma y a los artistas pensionados en la Escuela española de la misma capital de Italia. Un clérigo ilustre, don Miguel de los Santos Díaz y Gomara, obispo de Cartagena, fuera entonces de su sede y muy pronto Administrador apostólico de la de Barcelona, representaría la rama eclesiástica, y otra no menos ilustre persona, Enrique Pérez Comendador, haría lo propio con los artistas. Se me encargaron los estatutos correspondientes y designamos una Comisión gestora. Están en ella, además de los citados Giménez Arnáu, Moure y yo, Alfonso García Valdecasas, Jaime Blay, Jaime Soler Murillo, Jorge Garzolini Ziffer, Antonio Reverte Moreno y Ramón Martínez Arturo. Agregamos un profesor de italiano que andaba por allá, Camilo Llovera, y me encargaron de la Secretaría. La sesión constitutiva se celebra el 28 de enero de 1938, nombrándose la correspondiente Junta directiva, incorporándose a don Miguel de los Santos Díaz y Gomara y a don Enrique Pérez Comendador.

Se inician los trabajos de difusión de la iniciativa y se encomiendan a Eugenio Montes unas conferencias sobre las relaciones ítalo-hispánicas.

En septiembre de aquel mismo año se preparó, se firmó y se envió a la Universidad de Bolonia un pergamino conmemorativo del 850 aniversario de la fundación de aquel Ateneo.

La acción se amplía con el traslado a la capital.

Aunque ya en Burgos se prepararon ediciones, fue terminada la guerra cuando la Asociación pasa por un brillante período. Por lo pronto se le cede local en el Palacio del Congreso de los Diputados, un salón de Comisiones donde nos reunimos más de una vez, pues los actos sociales los celebrábamos fuera, y donde dejamos a beneficio de los futuros Padres de la Patria una hermosísima *Enciclopedia italiana*, obra del editor Treccani y obsequio del país hermano, que me fue entregada con testimonio fotográfico por el consejero cultural Amor Bavaj. Y se empieza a cumplir con las tareas reglamentarias.

La Asociación hispano-italiana debería ocuparse de propiciar intercambios, organizar conferencias, editar libros y dar a la luz una revista, Boletín o Anuario. Empezamos con esto último: un *Anuario cultural italo-español* editado en Valladolid. En Madrid celebramos la primera fiesta patronal, el 23 de noviembre, día de San Clemente, en cena de etiqueta en el Hotel Ritz, con la presencia de los ministros de Asuntos Exteriores y de Educación, del Patrono de sangre del Colegio y generalmente con la excusa del Cardenal Primado en la ocasión.

Para las publicaciones contamos con la ayuda de Nicomedes Ruiz y Sanz de la Peña, que desde la rectoría de la Casa de Cervantes y la dirección de la Editorial Santarén nos ayudó generosamente a que saliesen a la calle el *Anuario cultural italo-español*, los dos primeros volúmenes de la Colección Cardenal Albornoz, la antología mussoliniana de Spinetti, *Espíritu de la Revolución fascista*, y el sustancioso libro de Arrigo Solmi *Origen y formas del Nuevo Estado*. Quedaron pendientes muchos proyectos: figuraban en las series previstas la historia del Cardenal por Juan Ginés de Sepúlveda, la historia de las relaciones hispano-italianas que nos prometió Carmelo Viñas, la del Mediterráneo del italiano Pietro Silva. (Fuera de la serie habíamos publicado ya en el año 1939 *El Estado Nuevo y sus bases jurídicas*, obra del rector romano Giorgio del Vecchio. Se le paga con ejemplares de la obra: le enviamos ciento cincuenta. Me acusa recibo el 21 de julio y expresa su esperanza de que con ello sirva a España, «en cuya grandeza confía».) Antonio Luna propuso la traducción del *Tratado de relaciones internacionales* de Rapisardi-Mirabelli..., y hasta creo que se dispusieron a la tarea Pedro Rodríguez-Ponga y Luis Horno Liria.

En cuanto a conferencias, en 1940-41 se dieron una docena de ellas entre noviembre y junio: nos ilustraron con sus saberes don Elías Tormo, el Marqués de Lozoya, don Lorenzo Riber, el Padre March —que preparaba un gran libro sobre Luis de Requesens y nos ofreció las primicias—, los profesores italianos Vené y Zanotti, el incansable Ernesto Giménez Caballero, preocupado por la maternidad romana..., y es claro que también algunos colegas como Antonio Luna, José Beltrán de Heredia y yo mismo.

Por lo demás, la Asociación salió a las primeras páginas de la prensa en razón del alto despliegue de su acción social. Terminada la guerra civil y aún abierta la europea, el viaje del Presidente de la Academia italiana, Luigi Federzoni, en los últimos días de febrero de 1940, tuvo particular importancia. Recibido en Barcelona por Luis Simarro, antiguo colegial, habló en la Asociación sobre «Cuestiones del Mediterráneo» y seguidamente se le ofreció una cena en el Palacio del Senado..., en la que el obispo Díaz y Gomara nos

absolvió —él incluido— de la infracción del precepto de ayuno y de abstinencia.

En su discurso, Simarro propuso que Italia crease en Sevilla una réplica de la Fundación albornoziana, y Manuel Aznar y Rafael Sánchez Mazas exaltaron en sendos artículos la amistad italo-española. Jesús Rubio nos permitió gozar del arte de los violinistas y violonchelistas que estaba reuniendo —Ruiz Cassau, Meroño, Aroca...— para forjar la Orquesta Nacional. Fue una gran noche la de aquel miércoles de Cuaresma. ¡Y espléndido menú servido por Clodoaldo Cortés!

En tal ambiente tampoco se puede dejar en olvido la actitud siempre cordialísima del General Gámbara, último combatiente y primer embajador cerca de la entonces admirada Italia fascista, y cuando Adriano del Valle exaltaba a los latinos del Este con su homenaje al *Conducator* rumano. José María Pemán había publicado el *Poema de la bestia y del ángel*, que tan irónicos comentarios provocaba en algunos de nosotros.

La España sujeta al mando de Francisco Franco durante la guerra mundial tenía reducidas sus relaciones en el terreno de la Cultura a lo que le procuraban los dos regímenes aparentemente similares. En Cine no recibíamos más noticiarios que los de LUCE (L'Unione Cinematografica Educativa), italiana, y de UFA, la conocida empresa cinematográfica alemana que había pasado del grupo Hugenberg al Ministerio de Educación Popular.

Mis relaciones personales con los italianos me permitieron ayudar a algunos amigos artistas, que se encontraban sin materiales para su trabajo. Recuerdo el caso de Juan Cabanas, autor del dibujo del nuevo escudo nacional y jefe del Departamento de Plástica en Burgos: el 6 de julio de 1942 me pide que gestione del Agregado comercial italiano «muestras de tela, pinturas y pinceles para óleo, con indicación de precios y modo de pago». El titular del puesto, Giancola, me atiende puntualmente. (El tema es interesante por ser situación ilustrada en los papeles del propio Franco. Luis Suárez publica la noticia de que cuando, dos años y medio antes, el 7 de febrero de 1940, el Caudillo visitó el Museo del Prado, su Director, don Fernando Alvarez de Sotomayor [Suárez lo llama Enrique], le planteó las dificultades que encontraban en ese terreno los artistas españoles, y dice que Franco prometió autorizar una importación de pinturas y de aceites. El 17 de mayo de aquel mismo año insiste Sotomayor, dirigiéndose al Jefe de la Casa Civil, Julio Muñoz de Aguilar, para que urgiese a Franco el cumplimiento de aquella promesa... No debió de conseguirlo cuando un hombre tan bien situado como Cabanas tiene que acudir a mí.)

Por otra parte, la consideración del Director General de Relaciones Culturales, Marqués de Auñón, hacia la Asociación Cardenal Albornoz me llevó,

como secretario de ésta, a participar en calidad de Miembro de la Junta que con el mismo rótulo de la Dirección General funcionaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Fue así una proyección particularmente destacada del mecanismo que establecimos en Burgos. También el Instituto Italiano de Cultura se mantuvo en relación con la Asociación. Ettore de Zuani nos invitaba a todos los actos.

Durante la guerra exterior no dejamos de preocuparnos por Italia y por Bolonia. Yo mismo di una conferencia transida de emoción por haber contemplado las fotografías del Neptuno protegido por sacos terreros. Pero, además, los colegiales nos interesamos por la suerte de una ciudad que era vista como objetivo militar. En 1944, la guerra había llegado al norte de Italia. El 31 de octubre nos convocó el Rector, don Manuel Carrasco, antes de la fiesta patronal, con urgencia... Propuso Carrasco, y aceptamos todos, una acción colectiva sobre los Rectorados de las Universidades de los países beligerantes, y ante la previsión de un ataque aliado insistimos cerca de Oxford y de Cambridge. Estos dos hicieron suya nuestra petición y la transmitieron al Mariscal Montgomery. Y pudimos comprobar que, gracias a ese gesto, la ciudad de Bolonia, cuna del renacimiento jurídico, fue respetada por las bombas. (Por otro lado, también los albornocianos ayudamos económicamente: la Asociación abrió una suscripción y con su producto adquirió y envió víveres para atender a los necesitados de Bolonia.)

Al terminar la guerra mundial las cosas se fueron complicando. Porque mientras all , en Italia, había triunfado la democracia, aquí seguía la dictadura. Pero si los españoles somos comprensivos, los italianos son muy perspicaces. Su larga experiencia histórica de tener que seguir siendo católicos estando sujetos al feudalismo pontificio les ha dado un particular sentido para adaptarse y situarse. Entonces vino aquí un artista en la política, el marqué Tomasso de Gallaratti-Scotti. No se podía seguir hablando de muchas cosas, pero sí de literatura, de arte, de cultura en cualquier sentido. El nuevo Embajador cre  una Academia Hispano-Italiana. Fundada el 9 de mayo de 1945 en sesión constitutiva a la que asistimos el Conde de Romanones y los profesores Ballesteros, Pérez Bustamante y yo, por parte española, y por la italiana, Hipólito Galante, Mario Penna y Attilio Venturi, dejando de lado a Ettore de Zuani, activísimo Director del Instituto de Cultura durante el fascismo. Sin una gran labor, pero con sucesivas, vivas y cordiales reuniones, esta institución resultó eficaz durante algunos años.

Al propio tiempo, el Instituto encontr  la cabeza equilibrada de Mario Penna y cultivó también más espectáculos, algunos tan sugestivos como la *Mandrágora* de Maquiavelo o *La torre sul pollaio* de Italo Calvino, con la colaboración siempre aplaudida del gran Fernando Fernán Gómez.

La Asociación, a su vez, fue evolucionando. Tornó a sus raíces puramente académicas y abandonó toda actividad sociocultural. Seguimos en buenas relaciones con quien tanto nos había ayudado y con sus sucesores los ministros de Asuntos Exteriores, que eran invitados a nuestra reunión anual. En realidad, el ala artística apenas tuvo despliegue, y la clerical se redujo a formalizar una cierta relación con el Obispo-Patriarca, que nos cedía la Capilla de Palacio para la Misa del día de San Clemente. Por lo demás, renovamos nuestra fidelidad a los maestros de Bolonia.

Conseguimos un doctorado *honoris causa* en Salamanca y una alta condecoración en Madrid para Antonio Cicu, el catedrático que dominaba con su prestigio la labor inicial de la mayor parte de los civilistas españoles. Era el mes de marzo de 1950. A los actos de Salamanca siguieron los de Madrid, e incluso los contactos personales: yo lo llevé a almorzar a mi casa, y allí es donde sorprendió a Elvira su avaricia en dispensar palabras...

También en 1950 vino Felice Battaglia, rector de Bolonia. A Battaglia le hice invitar por la Facultad de Ciencias Políticas, a la que yo estaba adscrito. Habló el 3 de noviembre. Y me señaló el deseo de conversar con Ortega; hice seguidamente la gestión, y sin tardanza conseguí, en veinticuatro horas, la entrevista. Acudimos a su salón de Bárbara de Braganza número 18. Fue, como siempre con don José, un rato delicioso. El retrato de Galileo que presidía el local era una incitación a la referencia italiana. Ortega estimaba mucho aquella pintura: procedía de los muebles de un buque italiano que, tras el naufragio, se ofreció en venta. Había sido comprado por los padres de Ortega y a éste le gustaba contemplarlo. También a Battaglia y a mí, que aprovechamos la oportunidad tras el elogio del dueño de la casa. Y en seguida la conversación entró a fondo en el tema entonces más candente: el existencialismo. Battaglia señalaba los antecedentes ofrecidos por Kierkegaard y Ortega subrayaba que él mismo había expuesto ideas semejantes. Lo que ocurre, decía, es que cualquier cosa que se haga en Europa no logra extenderse si no pasa por París. ¡Sin Sartre —concluía— nadie se hubiese fijado en esa corriente filosófica! Battaglia completaba la tesis con su erudición: las ideas de los juristas ingleses no las recibe Europa sino al través de Voltaire... Y Ortega ampliaba el área del proceso: lo mismo sucedió con las modas. La aparición de los vestidos cómodos frente a la indumentaria cortesana: nacen en Inglaterra, pero no se difunden hasta que no se lanzan desde París.

Con Battaglia —y con Tina, su mujer— fuimos Elvira y yo a mostrarles museos y lugares interesantes. Una tarde nos sentamos a merendar en Garibay, salón de té promediada la Gran Vía, y a Battaglia le sorprendió oír comentarios sobre el Régimen que en Italia no se hubiesen tolerado. Le expliqué que entre nosotros se distinguía mucho lo hablado de lo escrito. Acaso —le dije—

por lo de que las palabras se las lleva el viento. (Bien que acaso eso serviría para hacerlas llegar a la persona interfectada. También, al contrario, «las paredes oyen»...) En fin, saltó el filósofo del Derecho: ¡Habría que explicarlo por el reconocimiento de un *ius murmurandi!*

Años después, en 1957, siendo director del Instituto Italiano Arnaldo Bascone, rindió homenaje al Cardenal Albornoz, con ocasión del Centenario de sus Constituciones: hubo un acto solemne en el Instituto, donde yo hablé, y se descubrió un hermoso mural de Arturo Peirot.

Como se ve, fueron por mi parte muchos años de relación con la cultura italiana. Y así no es de extrañar que me llegasen un buen día las insignias de una alta condecoración; pero resultó que ya la tenía concedida anteriormente. Me dijeron que no importaba, que pidiese que me la canjeasen. Pero no tuve éxito en la gestión.

Quedamos así los albornocianos, o «bolonios», como más corrientemente se nos llama, encontrándonos el 23 de noviembre y recordando al Fundador. Por cierto que en 1951, tras la cena de protocolo, acordamos pedir al Rector de la Universidad que se erigiese al Cardenal Albornoz el proyectado monumento previsto en los planes de la Ciudad Universitaria. Se le había atribuido asiento entre las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras; se urgía ante la proximidad del VII Centenario y firmamos la solicitud el Patrono de sangre, Duque del Infantado, y yo, como Secretario de la Asociación. Era una vieja promesa: arrancaba de 1925, con ocasión de la visita de Alfonso XIII al Colegio. El Rey recordó que en la Ciudad Universitaria de su iniciativa se había proyectado tal monumento, y como se expresó el deseo de ver en Bolonia, en el Colegio, una réplica, el propio Rey aprovechó su paso para colocar la primera piedra... (Tampoco lo logramos en 1967 cuando reiteramos la petición... Y ni siquiera la Casa de la Moneda quiso que los españoles lo recordásemos al franquear las cartas: la petición de la Comisión del Centenario, presidida por el Subsecretario de Educación, fue desoída... ¡Triste prueba del olvido de los españoles hacia quien más hiciera por nuestra cultura!)

Y como alguna vez he reseñado cartas gastronómicas, podemos recordar aquí que en un momento de esplendorosa celebración de San Clemente, en los años cincuenta, no sólo hubo visitas al Conde de Romanones, como colegial más antiguo, sino que nos invitaron sucesivamente el Patrono de sangre, el Ministro de Asuntos Exteriores, el Cardenal Primado y el Embajador de Italia (que es quien ha continuado haciéndolo). El Duque del Infantado nos llevó al Castillo de Viñuelas y nos ofreció «silla de ciervo» de la misma finca; el Ministro de Asuntos Exteriores, a su Palacio de Viana, y el Cardenal, al suyo de Toledo. Tampoco estuvo mal esta comida: entremeses y huevos «al

estilo de la casa», perdiz «a nuestra manera» y tarta, helados, frutas, café de Cuba, habanos —supongo que de igual procedencia— y licores tales como Calisay, Cointreau, Chartreuse y Bénédictine, con predominio de éstos, como es lógico en sede eclesiástica, pero sin que faltase el coñac Carlos I. La Embajada italiana suele hacernos recordar la cocina que tan gustosamente saboreamos en Bolonia, esa deliciosa pasta que culmina en las lasañas y los ravioli, con el parmesano y el *chianti*.

Desligado de la atención a la empresa, con activo sucesor en la Secretaría y siempre con Decanos y con Bimbos, no he dejado de sentirme no sólo albornociano, sino hispano-italiano. Acudí siempre a las llamadas de la Embajada: el 1 de febrero de 1965 presentaba la exposición de revistas en la Biblioteca Nacional y ante el Ministro de Información.

Desde 1982 formo parte del Consejo directivo de un Instituto de estudios garibaldinos que aviva en Saratoga el profesor Antonio P. Campanella y mantengo el vínculo con trabajos sobre Garibaldi en España, y aún hago la historia de su *Catalejo*: recorriendo lo que pudo ser el avatar del primer antejo que el Héroe utilizara en su travesía como piloto del *Virgen de Gracia* entre Mahón y Valencia.

2. LA ASOCIACION HISPANO-GERMANA

Sobre el esquema de la Asociación Cardenal Alborno, me propuso Ramón Serrano Suñer la creación de una entidad cultural hispano-germana. Fue poco después del término de nuestra guerra, ya instalados en Madrid y Serrano Ministro del Interior, con Antonio Tovar de Subsecretario de Prensa y Propaganda y yo, en su Departamento, jefe del Servicio de Coordinación. Debo poner particular énfasis en historiar su proceso porque, contra lo que han pensado y dicho algunos, no fue tanto un enlace con la cultura alemana cuanto un filtro para la misma.

Serrano conocía muy bien las aspiraciones de los dirigentes nazis, que habían potenciado las antiguas organizaciones hispanistas, especialmente el *Iberoamerikanisches Institut* de Hamburgo, y que buscaban senderos que los acercasen al camino real abierto hacia América con el Consejo de la Hispanidad. (Recordemos que Manuel Halcón, el Canciller de este organismo, había acompañado a Serrano en su viaje a Berlín y que la prensa alemana lo señalaba como hombre de futuro político.) Klaus J. Ruhl, en su libro *Spanien in zweiten Weltkrieg* (Hamburgo, 1975), atribuye la creación a Erich W. Gardemann, y en ese error sigue Luis Suárez cuando estudia a *Franco y su tiempo* (Madrid, 1984), al afirmar que la Asociación fue establecida «bajo la polí-

tica de Ribbentrop». Gardemann fue, en efecto, hombre fuerte en la Embajada alemana, consejero en ella entre 1941-1943, en actitud crítica frente a su jefe, Von Stöhrer. Puedo asegurar, porque soy testigo de ello, que la Asociación nace y actúa precisamente para evitar las presiones alemanas y para encauzar las relaciones culturales. Así, no tiene nada que ver con la oficina de que dispone Gardemann. Yerra Suárez al domiciliar ésta en Pinar, 5, que es la sede de la Asociación, mientras el despacho de Gardemann estaba en Juan Bravo, 6 —local que luego pasó, porque era propiedad alemana confiscada, al Sindicato de la Marina Mercante y ahora aloja a la Asociación de la Prensa de Madrid—. El hotel de Pinar fue alquilado al marqués del Sacro Lirio, por gestión personal mía y para el Ministerio, es decir, con cargo al Patrimonio del Estado. Así pasó luego al Círculo Jaime Balmes y finalmente al Club Internacional de Prensa. Son cosas distintas. Con muy diferente finalidad, pues, según señala Ruhl, la misión del organismo regido por Gardemann consistía en establecer contacto con los camisas viejas de la Falange para inclinarles a favor de los intereses del III Reich.

La Asociación se relacionaba con los institutos alemanes de proyección cultural exterior, y especialmente con el citado de propia sede no sólo en Hamburgo, sino en Berlín, aquí bajo la presidencia del primer embajador alemán cerca de Franco, el General Von Faupel. También nos relacionamos con el Instituto germano-español, de vieja tradición en Madrid, entonces remozado e instalado en el Paseo de la Castellana esquina al del Cisne. Con Gardemann no teníamos sino los contactos de carácter social propios de una personalidad de la representación diplomática de su país, y acudimos una sola vez a su villa «Encarnita Enea», en pleno Chamartín, guiados por carteles personalmente mantenidos en su difícil itinerario.

Creo que el propósito de Serrano al crear la Asociación Hispano-Germana buscó ofrecer un reverso a la acción militar que aparentemente unía a nuestros dos pueblos, y así llevó, a la Presidencia al General Moscardó, que durante aquellos años fue Jefe de la Casa Militar del Caudillo, Jefe directo de las Milicias y por breve tiempo Capitán General de Cataluña. El Ministerio del Interior alquiló el chalet del Marqués del Sacro Lirio, aunque éste hubiera preferido venderlo. (No pedía más que trescientas mil pesetas... Cuando lo comenté con mi padre, me autorizó a comprarlo..., pero llegué tarde. No había entonces mejor inversión del dinero: me lo señalaba el gran arquitecto Muguruza: un chalet en El Viso costaba sesenta mil pesetas.) Serrano, una vez logrado el local en alquiler, encargó las obras conducentes a su adaptación: se amplió la parte trasera para cocinas y habitaciones (pues se había pensado utilizarla como residencia de invitados) y la anterior fue habilitada para recibir, con varios salones... Pero la Asociación empezó a trabajar en

seguida, aun sin local social, utilizando a esos efectos el Hotel Ritz. En éste, ya en el otoño de 1941, celebramos un importante acto social con la conferencia del escritor Colín Ross, a la cual asistieron numerosas personalidades, entre las cuales ocuparon la presidencia el Ministro de Educación, Ibáñez Martín; el Vicesecretario, Arias Salgado; el General Asensio —que poco después sería Ministro del Ejército—; Antonio Tovar, que acababa de dejar la Subsecretaría de Prensa y Propaganda; Antonio Luna, recién nombrado Director de Radio Nacional...

Remodelado prontamente y amueblado bajo el cuidado de la señora Starch de Gracia (madre del sociólogo y politólogo Juan Linz), el chalet de Pinar, 5, sirvió para reuniones sociales, exposiciones y conferencias. Una de las primeras de éstas la dio Ernesto Giménez Caballero. En una foto del acto se ven en primera fila a doña Mercedes Gabrois de Ballesteros y al General Morcardó. Ernesto viste uniforme de Falange y se muestra esperanzado por la Europa prevista por Hitler. Entre tanto fui testigo de una curiosa anécdota: Serrano era Ministro del Interior, y era claro que no podía interferir en las competencias del de Asuntos Exteriores, no debiendo recibir comisiones extranjeras; pero era Presidente de la Junta Política, y esto le autorizaba a hacerlo. Vinieron unos estudiantes alemanes, y Serrano los recibió en el Ministerio, pero no podía decirse así..., y la nota informativa los dio por atendidos en el local de la Asociación, que estaba totalmente en obras. El General Morcardó, Presidente, me llama extrañándose de no haber sido invitado o al menos avisado. Le expliqué la situación y la comprendió, según era lógico... y cortés. Conservo un ejemplar del primer número del Boletín de la Asociación, dirigido por un comité en el que, conmigo, figuran Antonio Tovar y Pedro Laín. Es de noviembre de 1943 y recoge noticias de actividades sociales y del viaje de los esposos Faupel.

Pero no todo fue actividad intelectual. Disponíamos de una cocina modernísima, regalo de los alemanes. Nos preocupamos de encargar una vajilla con el distintivo del centro, pero dudamos en decidirnos sobre él. Nos asesoró el Marqués de Lozoya, con sus saberes de historia y de arte, pero sirvió de poco... porque nos vino la vajilla antes de encargarla, y con los emblemas de los nazis y de los falangistas cruzados. (Con tal solución pudimos utilizarla muy poco tiempo. Terminada la guerra ya no era posible exhibir cruces gamadas... y al final la regalamos a unas monjitas muy necesitadas, que debieron enterarse de nuestro embrollo y la pidieron.) También proyectamos publicar una revista, aunque no pasamos de discutir su cabecera. Pilar Primo de Rivera, que había mostrado su predilección por los topónimos al rotular el centro de la Sección Femenina de la Falange como Medina, propuso, no sin razón, Aquisgrán.

Pero quizá lo que prodigamos fueron los conciertos. Mi secretaria estaba pendiente de pedir a la casa Hazen aquellos pianos Pleyel que se cedían por la cortesía de citarlos en los programas. Una vez intervino Lola Rodríguez de Aragón, y otras —pero no precisamente aquélla— Federico Sopena...

Formaron en la Asociación Hispano-Germana influyentes políticos, intelectuales y hombres de negocios. Fueron miembros numerarios de ella el General Fernández Ladreda, catedrático en Oviedo y muy pronto Ministro de Obras Públicas en Madrid; Carlos Rein, ingeniero agrónomo y también prontamente elevado a la Jefatura del Departamento de Agricultura, tras haber ocupado la secretaría política del Ministro del Movimiento, José Luis Arrese; Antonio Correa Veglisson, gobernador civil de Barcelona; José Vera Sales, delegado de la importante empresa alemana Siemens; Juan de Leyva y Andía, subcomisario de Abastecimientos; el Marqués de Lozoya, Director general de Bellas Artes; Pilar Primo de Rivera, Delegada nacional de la Sección Femenina, que había visitado en Hamburgo, en 1937, el Instituto Iberoamericano; Antonio Tovar, recién salido de la Subsecretaría de Prensa y Propaganda; Pedro Laín, que todavía abanderaba la filosofía oficial...

El Presidente no fue Serrano, como con la Cardenal Albornoz; prefirió a una figura militar, y ninguna más arriba entonces que el héroe del Alcázar. Le recuerdo sobre todo como amigo, hombre sincero, cordial, abierto... Acudía a despachar con él cuando era jefe de la Casa Militar en Palacio, en la planta baja; cuando fue jefe de las Milicias de Falange, en la Secretaría General, planta quinta... Allí precisamente le solíamos esperar mirando al través del cristal de los balcones en frías mañanas de invierno: llegaba por la Cibele en coche descubierto, desafiando al frío, con silenciosa queja de sus jóvenes ayudantes. Eran éstos los tenientes coroneles José Carvajal y Rafael Moreno, ambos de afectuoso trato conmigo, así como su eficaz secretario el también teniente coronel Joaquín Vierna. Tomó Moscardó con gran interés la tarea de Presidente. Estuvo visitando los campamentos de la División Azul y fue atendido en Berlín por el General Faupel, Presidente del Instituto Hispanoamericano. Había pasado ya a la reserva, tras haber sido Capitán General de Cataluña, cuando, cuidando su salud en el balneario de Fortún, el 26 de noviembre de 1946, me escribe estimulándome a vitalizar también la Asociación: hay que buscar —me cuenta, casi como en plan de rehabilitación personal— vigor, agilidad, perseverancia.

Era la época en que los alemanes no solamente eran buscados por su anterior adscripción: algunos que no fueron nazis tuvieron que esconderse. (Recuerdo la anécdota de Petersen, pastor por Asturias..., casado —siendo testigo Moscardó— con Isabel Guitarte. Un día el General me empezó a contar que llegaba de la boda, pero interrumpió la charla súbitamente... Y ya no se

habló más de ello. Se había excedido en su amistad conmigo, y yo lo comprendí. Y es claro que callé la noticia.)

A Moscardó le sucedió en la Presidencia don Agustín Muñoz Grandes, antiguo jefe de la División Azul, pero estábamos en un mundo distinto: ya no cabía exaltar los talentos precedentes, aunque a don Agustín le gustaba insistir sobre ellos. Despachaba con él en nuestro Pentágono, el edificio castrense del chaflán entre Vitrubio y Castellana. Guardo muy buen recuerdo de su trato y siempre fue un gran amigo. Su secretario, Justo Pastor, era además persona conocida mía por alternar aquel puesto con el de jefe del Depósito de Publicaciones del Instituto de Estudios Políticos.

No hay apenas nada que contar de aquella última etapa. De la primera, lo más memorable fue el viaje de los esposos Von Faupel. El primero, embajador en la España franquista, como ya señalamos, y ella, activa y aguda observadora... y consejera. Pero ya estábamos en el ocaso de la ascensión bélica alemana. Elvira y yo los acompañamos, junto con el matrimonio Laín, a Toledo, y con el Marqués de Lozoya, a Segovia. Aquí almorzamos en el Mesón de Cándido. Era el 18 de mayo de 1943. Los dos firmaron el tarjetón-recuerdo en la Casa y Edith se tituló hija adoptiva de Segovia. El Marqués hizo un amable pero ya doliente brindis: Por una paz gloriosa. Anécdota también relacionada con los alimentos. El día en que almorzaron en casa, ella, Edith, quedó extrañada —es decir, admirada— de lo que les dimos. Preguntó si es que había muchas facilidades para abastecerse, y Elvira le explicó el juego de los mercados. Entonces nos describieron la cena en la casa del Secretario general del Movimiento, José Luis Arrese. Se ve que el ministro, fiel cumplidor de las normas, sujetó su carta al suministro derivado de la cartilla, y es claro que los antiguos embajadores parecieron decepcionados con Arrese y encantados con nosotros. Aun así, no debieron quedar muy convencidos, porque en mayo siguiente, con ocasión de almorzar en casa los dos entonces ayudantes de Faupel —el diplomático Hoffmann y el profesor Von Merkats—, que hacían un viaje que resultó el último en tiempo de guerra (pues precisamente estando ellos almorzando me telefoneó Gullino para comunicarme el alto el fuego, en llamada que hube de silenciar ante mis huéspedes), nos confesaron que aunque venían invitados oficialmente, se trajeron un buen suplemento dietético.

También sobre abastos cabe recordar que en una de las sesiones de la Junta directiva de la Asociación, uno de sus miembros —creo que don José Vera— advirtió a Juan de Leyva, subcomisario del ramo, que consideraba peligroso que entre los cereales que se mezclaban para componer la harina distribuida por el Servicio Nacional del Trigo figurasen los yeros, que eran causantes del deterioro de ciertas fibras del cerebro, y eso lo sabían algunos

palurdos de la Mancha, que los daban a sus hijos para rehuir el servicio militar, pues sometiéndose una temporada a tal dieta se conseguía la declaración de inútil.

Mi amistad con los alemanes no me dejó escapar del hábito de recibir recomendaciones. El 24 de julio de 1942 hube de interesarme para que un hijo de los Loewe, que estaba en el frente, lograra permiso para pasar unos días en Madrid, con su madre, que iba a ser objeto de una intervención quirúrgica. Y aun en 1944, mi compañero de la Universidad de Salamanca Ciriaco Laguna me hizo gestionar el envío de los once volúmenes del importante tratado de medicina infantil de Pfaundler, el *Handbuch der Kinderheilkunder*. Siempre tuve amigos en la Embajada, con Von Stöhrer o con Dieckhoff, embajadores, o con Von Bibra y Von Heyden-Rynsch, consejeros, y es claro que con Lazar, jefe de prensa, o con Petersen, encargado del área cultural.

Carezco de datos, salvo algunas invitaciones de cierta Asociación hispanorrumana «Trajano», activa entre los años 1943-44, regida por Al Busuiuceanu, que cultivaba el recuerdo de la relación entre los dacios y los tarraconenses... Hubo conferencias, como la del propio Busuiuceanu, y exposiciones como la de Alexis Macedowski, entre marzo de 1943 y mayo de 1944.

Así como los italianos reaccionaron de inmediato, los alemanes, ciertamente desconcertados —y aun, mejor dicho, descuartizados— tardaron en mostrarse de nuevo presentes. Tiene ahí mérito la acción de Hans Jurestchke, quien, al frente de la delegación de la Sociedad Goerresiana, y acogiendo a la hospitalidad del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, montó de momento la que podríamos llamar única tienda de aquella siempre viva y admirada cultura.

Por lo demás, el cuadro cultural inglés se vio vivificado con el impulso del embajador Victor Mallet y la eficazísima labor del casi español Walter Starkie, en tanto que Francia tuvo dos grandes colaboradores en sus embajadores: Paul Guinard en cultura y Marcelino Defourneaux en prensa.

Volvían a sonar las músicas de antaño. Hasta hubo una duquesa —la de Almazán— que estrenó una obra en el teatro de la Zarzuela, *La gran mentira*, con la explicación previa de que no era de clave. El final de la guerra europea —y mundial— no resultó decisivo para el cambio político esperado. Se iniciaron las conspiraciones, pero Franco supo mantenerse hasta lograr ser el monarca español que sujetó por más tiempo en su mano el timón de nuestra navecilla...

3. EL CENTRO EUROPEO DE DOCUMENTACION E INFORMACION (CEDI)

Mis antiguas relaciones con maestros alemanes me condujeron de nuevo a aquella gran tierra. Al enviar a mi maestro Claudius von Schwerin un trabajo mío me llegó como respuesta la noticia de su muerte. Me la daba su cuñada Marta Ferrini, viuda de un hermano de Claudio que fue atropellado en Munich por un vehículo militar aliado. Poco después, la propia Marta, secretaria del Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad, debió de hablarle de mí a su director, el doctor Reinfelder, y éste me invitó a participar en un próximo curso. Acepté la fecha de junio de 1951 y lo hice a fines de mes, exponiendo en tres lecciones el panorama del humanismo jurídico en torno a Guillermo Budeo. Asistía a mis conferencias el Cónsul español, Félix Coronas, y en la segunda se excusó de poder estar presente en la tercera porque tenía que acudir a recibir a Alfredo Sánchez Bella, director del Instituto de Cultura Hispánica, que le había señalado su deseo de pasar unos días en Munich para saber «qué podría hacerse con Europa».

Las consecuencias del viaje de Sánchez Bella no las tardaría en ver yo mismo. Consistieron en la fundación del Centro Europeo de Documentación e Información (CEDI), cuya sesión preparatoria se produjo en el inmediato mes de agosto con una reunión en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander. Me encontraba allí dirigiendo el Curso de Periodismo y nos sorprendió advertir que sin petición previa incluían vino en el servicio del comedor del Palacio de la Magdalena, que era habitualmente un extra, y tal abundancia de fruta que hubo de llamarnos la atención... Pregunté y supe que había sido exigencia de Alfredo, que consideraba que ante la llegada de los europeos importaba hacer ver que el vino y la fruta estaban en todas las mesas.

El CEDI fue un mecanismo más de carácter social intermediador. No figuré en él ni siquiera como uno de sus miembros, pues se me invitaba de modo regular. La organización logró consolidarse durante el largo período de mando de Martín Artajo en Asuntos Exteriores y también, en ese año 1951, por el acceso al Gobierno de Ruiz-Giménez. Nos atendía generalmente el Alcalde de Madrid, que solía dar una recepción, al principio en la Casa Consistorial y luego en los jardines de la Rosaleda, en el Parque del Oeste. Aun en las primeras, pero ya hacia 1954, el representante alemán, entonces ministro de la República Federal, Hans Joachin von Merkatz, al que yo siempre saludaba como nuevo amigo, aunque los dos nos sabíamos viejos en muy distintas circunstancias, hubo de hacer este reconocimiento. Me acercaba al Conde de Mayalde, alcalde, y Von Merkatz estaba junto a él e interrumpió

mi saludo confesando que me conocía «desde diez años atrás». Más tarde le encontré de nuevo en otra asociación —el Comité de Defensa de la Civilización Cristiana— y, en fin, en 1963, en la capital de la isla de Las Palmas, en el Hotel de Santa Catalina... Estaba pasando una temporada de descanso, bien merecido por su esfuerzo de inamovible ministro —casi un veintenio— del Gobierno federal bajo el predominio de la democracia cristiana, según la tradición alemana y por invitación del Gobierno español... Acababa de llegar de Lanzarote y nos insistió en que no perdiésemos la ocasión de visitar, al estar tan cerca, aquella maravillosa isla de los volcanes. A Von Merkatz debemos, pues, Elvira y yo la gran fortuna de visitar Lanzarote..., que entonces todavía no era abordable sino en un DC-3 que hacía escala en Fuerteventura y ni siquiera llevaba azafata. Ibamos solos el piloto y tres o cuatro pasajeros. Las atenciones recibidas en Arrecife borraron el mal rato de la travesía.

Al cabo de unos años, Sánchez Bella quedó como miembro de honor vitalicio, mientras la presidencia también vitalicia y honoraria fue atribuida al Archiduque Otto de Habsburgo, quedando la efectiva para el Marqués de Valdeiglesias. La Junta acabó consolidándose con los nombres de Hans Joachim von Merkatz por la República Federal, Edmond Michelet por Francia, John Rodgers por el Reino Unido, Adriano Moreira por Portugal y Alberto Martín Artajo por España. El Secretariado general fue desempeñado por Georg von Gaupp-Berhansen, teniendo como adjunto al Príncipe Heinrich von Stanhemberg, entregándose la Tesorería a otro Príncipe, el de Liechtenstein. La organización exterior se articulaba con organizaciones nacionales paralelas, tales como el Comité belga, el Centro técnico francés, el March Club londinense y el Centro lisboeta.

A los efectos de la influencia política, el CEDI mostró su eficacia al ver llevados a miembros suyos a puestos de la alta administración del Estado. Recuerdo que en la IX Reunión de la primera semana de julio de 1960, en el Valle de los Caídos estuvieron presentes dos ministros extranjeros como Von Merkatz, alemán, y Terrenoire, francés. Este desempeñaba la cartera de Información y llegó algo tarde por cruzarse en la carretera con un viaje del Caudillo. Esto dio motivo a algunas observaciones sobre la política de Prensa y Propaganda, en relación con la propia imagen del Jefe del Estado. Normalmente, al menos desde la IV Reunión, en 1955, los congresos se reunían en El Escorial, y hasta se llevó al logotipo del CEDI el perfil del Monasterio. Entre las sesiones solíamos dar algún paseo, incluso alejándonos del centro urbano. En la reunión de 1961, una tarde fuimos por la carretera de Avila, coincidiendo con Manuel Fraga, Federico Silva y Jesús Fueyo. En conversación relativamente seria, estas tres personalidades se preguntaban quién iba

a recibir la invitación de Franco para acceder a un ministerio... En realidad los tres tenían las calidades que se podían exigir: Fraga fue el primero en llegar, en 1962; Silva le siguió, en 1965... Fueyo quedó fuera. Y era precisamente Jesús quien nos explicó aquella tarde los mecanismos de acceso al poder en la España de Franco: se entraba —explicó— por los caminos blandos (por los obispos o por las damas) y se salía por los duros (por presión de los generales).

Sánchez Bella ha calificado al CEDI de instrumento para-establecer coincidencias políticas en el área europea. Subraya la presencia de los socialcristianos bávaros y la coalición popular francesa, así como la proximidad de otros democristianos, pero dice que faltó decisión para dar el salto, concentrándose el esfuerzo en torno al principio monárquico... (No era mucho, pues —recordando sus palabras de 1951—, lo que se había podido hacer «con Europa».)

4. EL COMITE INTERNACIONAL PARA LA DEFENSA DE LA CIVILIZACION CRISTIANA

Si del CEDI no fui sino un partícipe, de otra organización semejante, el Comité Internacional para la Defensa de la Civilización Cristiana, llegué a ser Jefe de Estudios. Este Comité, que pronto suprimió las referencias defensivas para centrarse en el concepto de civilización, arranca de un proyecto italiano, el Centro internacional de realismo social Pro-Deo, fundado en 1945, cerca de la Universidad Internacional, promovida por el P. Morlion, pero de manera inmediata del ensayo francés rotulado nada menos que Centro para la Expansión y la Defensa de la Civilización Cristiana, estimulado por su secretario general, Pierre André Simon. Ambas iniciativas resultaron particularmente recogidas por los mecanismos de relación social ligados a la democracia cristiana alemana, pero su verdadera dimensión se debe a la voluntad y competencia del ministro español José Solís, quien se dio cuenta de las tareas de contacto informal que dicho Comité podría llevar a cabo sin menoscabo de las posiciones oficiales y con resultados a menudo tangibles.

El arranque español de esta institución se sitúa en la asamblea celebrada en Madrid, a finales de enero de 1968, no sin la eficaz colaboración de Manuel Fraga, en aquel momento Delegado Nacional de Asociaciones. A esta reunión acuden personalidades tales como el francés Antoine Pinay, el italiano Caetano Martino y el alemán Hermann Lindrath, y España participaba con dos ponencias —de Jesús Fueyo una y otra mía—, cuyos contenidos son ampliamente recogidos por la Prensa. El alemán Lindrath es elegido Presidente, y Pinay, Martino y Solís, Vicepresidentes. A su lado aparecen Her-

mann Puender, también alemán; Marie-Hélène Cardot, francesa; Francesco Leone, italiano; Félix Hurdes, austríaco... Sigue de Secretario general el activísimo Georg Jaeschke. Ese mismo año, a mediados de noviembre, los directivos internacionales se reúnen en el viejo Palacio del Senado, y tras aquel cambio de impresiones se produce la constitución del grupo español.

En efecto, convocados por Solís y bajo su presidencia, coincidimos en el Palacio de la Trinidad, el 7 de diciembre, el general Muñoz Grandes, el embajador Antonio Garrigues, Gregorio Marañón, Manuel Fraga, Manuel del Valle Pando y yo mismo. Se acuerda quedar constituidos como comisión gestora de la sección española del Comité y se encarga de la Secretaría al citado Valle. Se propone sean invitados a secundar la iniciativa a Joaquín Ruiz-Giménez, Pedro Gamero del Castillo, Antonio Luna, Alfonso García Valdecasas, Jesús Fueyo, Florentino Pérez Embid, Emilio Romero... Finalmente —casi un año más tarde, el 16 de noviembre— se constituye dicha sección. Pero los meses pasados no se perdieron: se había conseguido un local digno, en zona muy céntrica y comunicada: un cómodo entresuelo amueblado bajo la dirección de Miguel García de Sáez —lo que vale decir que más que decorosamente—. Allí quedó formalizada la institución, con una junta presidida por Solís, con tres vicepresidentes —Muñoz Grandes, Fraga y Marañón—, un director de estudios —el que recuerda todas estas cosas—, un secretario general, el ya mencionado Valle Pando y unos vocales, que son casi literalmente los que figuran en la anterior propuesta.

La sección española del Comité por la Civilización Cristiana desarrolló una importante labor con cursos, conferencias y publicaciones dentro de España, siendo de notar los trabajos de 1962 y 1963, en los que participaron —con sus lecciones— Manuel Fraga, José María Valiente, Carlos Ruiz del Castillo, Salvador Lissarrague, Eugenio Vegas, Joaquín Ruiz-Giménez, Carlos Ollero, Juan Iglesias, Pedro Rodríguez Ponga, Federico Silva y Antonio Luna. Mas fue la relación exterior lo descollante.

Así, en 1961 acudimos a Bonn para aprobar los Estatutos. Fue una jornada emocionante, pues coincidió con el levantamiento del muro de Berlín. Y se decide publicar un Boletín, dependiente de la Secretaría general y con H. Gehle como redactor-responsable. (El Boletín aparece pendiente de la «autodeterminación para todos los pueblos», que no en vano surgía en tan triste contexto.)

Precisamente el Presidente Adenauer nos había citado, en su residencia, en la primera hora de la tarde del 13 de agosto. Y se produjo un inesperado retraso... Cuando llegó Adenauer, bajo la emoción de las circunstancias nos explicó lo sucedido. Había tenido que aprobar el texto del discurso de su ministro de Asuntos Exteriores, Ausk, quien señalaba que el muro construido

para dividir la capital significaba la ruptura de la posición aliada, que era conjunta en la administración de Berlín, además de constituir un ataque a los derechos de los ciudadanos berlineses, contra los términos del acuerdo de 20 de junio de 1949 firmado entre las cuatro potencias ocupantes... Por ello se reservaba elevar su protesta por la vía apropiada. Adenauer nos recordaba que, justamente seis años antes, en visita a Moscú, se había mostrado enemigo de la división de Alemania, que estimaba contraria a las leyes divinas y humanas y a la misma Naturaleza... Estaba visiblemente impresionado y tuvimos que recortar nuestras conversaciones. El grupo español fue atendido por la Embajada, que nos ofreció una cena en la residencia de Bad Godesberg. Estuvo presente el ministro alemán de Agricultura, y Solís me encargó que le explicara la construcción de pantanos en España, que creaba nuevos regadíos. Hubo de hacerlo durante la cena, y todos los comensales siguieron con interés su desarrollo, porque el ministro alemán no dejó de hacer observaciones. Dijo, por ejemplo, que antes de establecer nuevos regadíos había que saber qué se tenía que cultivar... y a quién se le venderían los productos. Señaló el mal ejemplo turco..., donde se habían construido pantanos y se había almacenado en ellos el agua... antes de programar las acequias. En otro orden, no olvido una pequeña observación del representante protestante en el Comité alemán: había visto una estola convertida en abrazadera de la falda de las cortinas, junto a una puerta de paso, y preguntó si no era para nosotros un objeto sagrado.

En 1962 estuvo Solís en París en una reunión de los directivos internacionales, con la presencia de la recién surgida sección norteamericana, que envió al general C. A. Willoughby, entre los días 8 y 9 de diciembre. Se trataba de emprender una acción de gran envergadura. Me llegó el rumor de que se estudió «el problema de Europa» y de que los reunidos se mostraron atraídos por una fórmula europeísta: había que apoyar un gobierno fuerte en Alemania, mediante firme colaboración francesa y con miras a reconstruir la unidad de Europa, pues a pesar del hecho soviético aún existía un sentimiento occidental paneuropeo.

En 1963 se planteó la colaboración portuguesa. Quienes habían acudido al Congreso de Madrid por parte de Portugal pidieron los estatutos de la sección, y se les enviaron, en el mes de junio, junto con las actas del Congreso. Manifestaron su deseo de constituir allá un mecanismo similar. Debí de ser decisivo un cambio de impresiones entre el ministro Solís y su colega luso José-João Gonçalves de Proença. Solís me pide que acuda personalmente a hablar con el ministro portugués y lo hago en los primeros días de septiembre. En Lisboa no puedo dar con él; además, en el Ministerio tratan de rehuirle complicaciones, pues está de vacaciones. Todo se resuelve cuando les

digo que es un encargo directo del ministro español: se me abren las puertas, me facilitan un coche para alcanzar a Gonçalves de Proença en su lugar de descanso... Estaba en la residencia sindical de São Pedro do Sul, al norte del país, a unos trescientos kilómetros de Lisboa. Se muestra muy interesado por el tema y de acuerdo con cuanto le sugiero. De regreso, al día siguiente —pasé la noche en la residencia sindical—, me entrevisté en Lisboa con otras personalidades. Las convoco, para almorzar con ellas, en el Círculo Eça de Queiroz. Acuden Carlos Eduardo de Soveral, profesor en Porto; Antonio María de Mendoza Lino Netto, mi antiguo alumno de Madrid y entonces director del Instituto de Estudios Políticos y Sociales; J. Gonçalves... Veo también, aunque no había sido citado, al ex ministro de Educación Leite Pinto y a algún periodista amigo de los que solían acudir al Círculo.

Entre los días 14 a 16 de octubre se reunió el Comité central en Lucerna. No pudo acudir Solís por la parte española e intervino en su nombre Gregorio Marañón. Yo presenté una comunicación sobre la lucha espiritual Este-Oeste.

En 1964 acudimos a una importante reunión en Viena. Allí teníamos un valedor, el ex presidente del Parlamento Félix Hurdes, pero no fue él solamente, sino muchos ilustres compatriotas suyos quienes nos atendieron. Las sesiones se celebraron en el Palacio Balfly o Casa de Austria de la Josefsplatz. También lo fuimos por nuestro embajador, Juan Sebastián de Erice, que nos llevó a almorzar a la Embajada, invitando igualmente al arzobispo y otras personalidades.

En 1966 tuvo lugar una asamblea general en Lisboa. Fue el resultado de las gestiones iniciadas desde años atrás de visitas en Madrid. Las sesiones de este congreso lisboeta fueron muy densas y tan minuciosas como corresponde al gusto portugués. La asistencia fue numerosa: hubo no sólo europeos —incluso serbios, ucranianos y rumanos (nada menos que un obispo ortodoxo)—, sino americanos, argentinos, brasileños, chilenos... Por Estados Unidos no estuvo Willoughby, sino Austin J. App. Italia reapareció en Francesco Leoni y con el obispo canciller del Cardenal Tisserant, Tito Mancini. Ocupamos los días 27 a 31 de marzo, en el Hotel Estoril-Sol, sobre aquella deliciosa playa, pero sin tiempo para verla. El Gobierno portugués nos atendió gentilmente, ofreciéndonos sendas recepciones en el Castillo de San Jorge y en los Palacios de Sintra y de Queluz. Las sesiones concluyeron con una declaración de principios y de propósitos, que hicimos pública, en conferencia de prensa, al día siguiente de la clausura. Uno de aquellos días el embajador de España, Ibáñez Martín, me despertó a las seis de la mañana para rogarme que le excusase ante Solís porque tenía que marchar de inmediato a Madrid, pues había fallecido Albareda, secretario del Consejo Superior de Investigaciones, organismo del que seguía siendo presidente el embajador. También se

habló de ciertos contactos con la Casa del Conde de Barcelona. Algunos congresistas trataron de visitarle, y no sé si lo consiguieron, y aun se dijo del propio Solís. En la Embajada no faltaban reticencias sobre ambos supuestos.

El Comité de Civilización Cristiana, como finalmente acabó denominándose, dejando el lamentable sustantivo de «defensa», tuvo siempre base alemana. Mientras la democracia cristiana fue poder en la República Federal se contó con la colaboración tudesca. (Baste recordar las numerosas reuniones allá celebradas.) Luego faltaron ayudas y se desmoronó la organización, pero nunca demostraron desdén por ella los alemanes. Sí, al contrario, franceses e italianos, que habiendo sido los iniciadores se fueron separando. (Prueba también que nunca hubo asambleas en Roma ni en París.) Los franceses suelen abandonar las iniciativas cuando pierden su conducción; los italianos, en este caso, se dejaron llevar por las tesis integristas: sustituyeron nuestra organización abierta por un cerrado Instituto San Pío V «para la defensa de los valores cristianos». El Reino Unido no tuvo nunca presencia relevante. Los Estados Unidos se acercaron de manera marginal, según señalaré en seguida. Los españoles nos mantuvimos en la línea y correspondimos en toda ocasión. Así, importa recordar que incluso cuando ya andaba desmontándose aquel mecanismo, atendimos a Adenauer en su visita a España, en febrero de 1967. Correspondió al Comité tenerle por huésped en la visita que hizo al Escorial y Solís le ofreció un almuerzo en el Hotel Felipe II, tras el recorrido del Monasterio, que, bajo la sabia guía del Marqués de Lozoya, le ocupó la mañana. En aquel momento, «el Viejo» —como le llamaban sus compatriotas— estaba sujeto a cuidados y vigilancias: al llegar al hotel, antes del almuerzo, pasó un cuarto de hora en su habitación para recibir unas inyecciones... Estuvo admirable en sus palabras, al terminar la comida, y claro y despierto en su conversación, pero no le faltaba imaginación para cubrir sus fallos. El Marqués de Lozoya nos contaba que al término de su recorrido por el Monasterio se sentó en un banco del templo y pidió que el órgano le ofreciese algo de música... ¿Fue afición melódica o habilidad para cubrir su propio cansancio?

A principios de 1962 me indicó Solís que visitase al Caudillo para hablarle del Comité de Civilización Cristiana. Debió de ser en los primeros días del año, pocas semanas después del accidente —o sabotaje— que en las vísperas de la Navidad le produjo una fractura metacarpiana y ciertos daños en la falange del índice de la mano izquierda. Expliqué a Franco la organización y los propósitos del Comité y le vi seguir con interés lo que se refería a la oposición Este-Oeste, así como a la actitud de los alemanes y el despegue de franceses e italianos. Yo había recibido por aquellos días alguna información sobre el libro del general Willoughby relativo a la importancia de España en

la estrategia occidental y me dio la impresión de que no sólo no era desconocido por Franco, sino que le importaba mucho. (Más tarde, tras la publicación de los documentos de su archivo por Luis Suárez, he sabido que Willoughby envió a Franco el ejemplar número seis de la edición de su libro *Bailen and the Spanish Bridgehead*. Se trata de un estudio sobre dos fechas significativas, 1808 y 1948. Con *Bailén y la cabeza de puente española*, Charles H. Willoughby trata de demostrar que España es indispensable para la estrategia de cualquier conflagración. Compara a Napoleón con Hitler y con Franco, y es hombre tan admirador de éste, que recomendaba a sus oficiales del Pentágono el *Diario de una bandera*, escrito por Franco cuando era jefe de la Legión.)

No he tenido relación con organizaciones norteamericanas, y esta información sobre Willoughby es accidental, aunque me interesó mucho la actitud de Mac Arthur, de quien había sido jefe de Estado Mayor, con los datos que mi primo Jaime Jorro, conde de Altea y entonces cónsul en San Francisco, me daba sobre la bienvenida dada allí al jefe relevado por Truman. Conocí también casualmente a una delegación de los Caballeros de Colón, que más bien me dejaron una impresión negativa. El Gobierno español atendió, terminada la guerra, a un gran número de jóvenes de países cristianos ocupados por la Unión Soviética, entre ellos los rumanos. Con su ascendencia tarraconesa, se consideraban casi hispanos y no sólo latinos, y pensaban que una vez preparados académicamente en España podrían ser útiles más allá del Atlántico. El director del Colegio Santiago, Czieker, en una recepción que dio a dicha delegación, propuso que los Caballeros de Colón, organización cristiana yanqui, les ayudase a establecerse en las tierras de América. Nos enteramos entonces de que tan considerada Orden limitaba su objetivo a la ayuda mutua de los inscritos en la misma.

El carácter abierto —y hasta crítico— de nuestro grupo se mantuvo en toda ocasión: recordemos las mesas redondas celebradas, como aquella de abril de 1969, con partícipes como el P. Albarracín, el pastor protestante Cardona, el mahometano Mones y el ortodoxo ruso Stawrowski, bajo mi siempre alada batuta. Y el propio Solís acudió el 2 de mayo de ese mismo año a la reunión de la Iglesia evangélica mundial «Billy Graham»...

He contemplado como espectador, sencillamente, las actividades del Consejo de la Hispanidad y los quehaceres cumplidos por su sucesor el Instituto de Cultura Hispánica. Ya en 1938 se inició una acción española sobre el mundo hispanoamericano con el viaje de Ibáñez, Montes y Marquina. Desde 1951, la cultura hispánica se ofrece como cobertura de la idea germinal del

caballero español, según la teorización de Maeztu y de Morente. Las conferencias de éste en Buenos Aires tratan de ofrecer una alternativa a la oposición Este-Oeste o aun a la de socialismo-capitalismo. Manuel Fraga y Alfredo Sánchez Bella, y algo después Blas Piñar y Gregorio Marañón, fueron impulsores de una corriente que, en lo que toca a prensa y propaganda, ha dejado durante varios lustros unos Cursos de Documentación y de Información para Periodistas Hispanoamericanos de indudable trascendencia. En ellos he tenido yo también durante más de un decenio una presencia casi ritual por mis puestos en la Escuela de Periodismo y en el Consejo de Prensa. Pocos han sido los hispanoamericanos asistentes a tales cursos que no me oyeron en mis conferencias o conversaron conmigo. Los acompañé incluso en la protocolaria visita al General Franco, en el Pardo, al término de cada curso. Y es claro que también en los almuerzos del colegio mayor o en las tertulias del Club de Prensa. En ese ambiente recuerdo la presencia de alguna personalidad joven y esperanzadora, como aquel Juan Carlos Goyeneche, jefe de Cultura de la municipalidad de Buenos Aires, que nos exponía sus impresiones de la Roma fascista y aun de su audiencia con el *Duce*. Nos contó, por ejemplo, una fabulosa anécdota sobre el buen estado físico de Mussolini, cuando ya empezaba a decirse que decaía: cansaba cada mañana a dos mujeres y un caballo.